

## I

**M**i trabajo era más duro unos días que otros.  
—¿Ve? Es bastante robusta, señora McSweeney.  
—Di unos golpecitos con la mano a la escalera—. Ahora puede bajar.

La señora McSweeney me miró desde lo alto del poste telefónico, con obvias dudas acerca de la fiabilidad de la escalera y de la mía propia. Delgada, con huesecillos de pájaro, debía de sobrepasar los setenta años. El viento agitó el nimbo de sus finos cabellos blancos alrededor de su cabeza y abrió su camión, mostrándome cosas que no debería haber visto.

—Señora McSweeney, me gustaría que bajara.

La mujer arqueó la espalda e inhaló profundamente. Otra vez no. Me senté en el suelo y me tapé las orejas con las manos.

El agudo lamento atravesó la quietud de la noche, cortante como un cuchillo, golpeó las ventanas del edificio de apartamentos y produjo un intenso estremecimiento en los cristales. Calle abajo, los perros aullaron al unísono, uniéndose al grito en una armonía antinatural. El lamento ascendió, creció como una avalancha, hasta que no pude escuchar otra cosa que su complejo y elaborado coro: el aullido solitario de un lobo, el chillido desamparado de un pájaro, el angustioso llanto de un niño. Gimió una y otra vez, como si le estuvieran arrancando el corazón del pecho, llenándome de desesperación.

La oleada mágica se desvaneció. Un momento antes saturaba el mundo, potenciando el grito de la señora McSweeney, y al siguiente se extinguió sin previo aviso, como una línea trazada sobre la arena después de que una ola se precipitara sobre ella. La tecnología se reinstauró por

sí misma. La azulada lámpara feérica que colgaba de lo alto del poste telefónico se apagó mientras el aire cargado de magia perdía su potencia. Las luces eléctricas se encendieron en el bloque de apartamentos.

Se trataba de la resonancia post-oleada: la magia anegaba el mundo como una ola y anulaba cualquier cosa compleja y tecnológica, asfixiaba los motores de los coches, obstruía las armas automáticas y corroía los edificios más altos. Los magos lanzaban rayos de hielo, los rascacielos se desmoronaban y las protecciones mágicas se activaban, alejando a seres indeseables de mi casa. Y entonces, en un suspiro, la magia se desvanecería, dejando monstruos en su estela. Nadie podía predecir cuándo se alzaría de nuevo, nadie podía evitarlo. Todo lo que podíamos hacer era intentar arreglárnoslas en aquella demencial tarantela de magia y tecnología. Por eso llevaba una espada. Siempre funcionaba.

Los últimos ecos del grito rebotaron en los muros de ladrillo y se disiparon.

La señora McSweeney me contempló con ojos tristes y yo me levanté del suelo y le hice un gesto con la mano.

—Ahora mismo vuelvo.

Me precipité desde el oscuro portal de entrada hasta el apartamento, donde cinco miembros de la familia McSweeney se acurrucaban en la penumbra.

—Cuénteme otra vez por qué no puede salir ahí fuera conmigo y ayudarme.

Robert McSweeney, un hombre de mediana edad, de ojos oscuros y cabello castaño que ya empezaba a ralea, negó con la cabeza.

—Mamá cree que no sabemos que es una banshee. Escuche, señorita Daniels, ¿puede hacer que baje o no? Es usted un caballero de la Orden, ¡por el amor de Dios!

En primer lugar, yo no era un caballero; tan solo trabajaba para la Orden del Auxilio Misericordioso. Y en segundo lugar, la negociación no era mi fuerte. Yo mataba criaturas.

Rápidamente y con abundante derramamiento de sangre. Ayudar en vano a ancianas banshees a bajar de lo alto de postes telefónicos no era algo que acostumbrara a hacer.

—¿Se le ocurre algo que pueda serme de utilidad?

—No lo entiendo... —La esposa de Robert, Melinda, exhaló un suspiro—. Es decir, siempre lo ha mantenido en secreto. Hemos oído antes esos lamentos, pero siempre ha sido muy discreta al respecto. No es habitual en ella.

Una anciana mujer de color envuelta en una bata bajó por la escalera.

—¿Ha conseguido esa chica que Margie baje de una vez?

—Estoy en ello —le dije.

—Dígale que será mejor que no se pierda nuestra sesión de bingo mañana por la noche.

—Gracias.

Me encaminé de nuevo hacia el poste. Una parte de mí simpatizaba con la señora McSweeney. Las tres agencias encargadas de la aplicación de la ley en los Estados Unidos tras la Oscilación —las Unidades de Defensa Paranormal del Ejército, o UDPE; la División de Actividad Paranormal, o DAP; y mi ilustre patrón, la Orden del Auxilio Misericordioso— habían certificado, todas ellas, que las banshees no entrañaban peligro alguno. Nadie había sido capaz, hasta ahora, de relacionar sus lamentos con muertes o desastres naturales. Pero la tradición oral achacaba a las banshees todo tipo de sucesos nefastos. Se rumoreaba que podían volver loca a la gente con sus gritos y que eran capaces de matar a un niño con una sola mirada. Mucha gente encontraría inquietante vivir cerca de una banshee, así que podía entender que la señora McSweeney intentara, por todos sus medios, ocultar lo que era. No quería que sus amigos le dieran la espalda a ella o a su familia.

Desafortunadamente, no importaba lo bien que lo escondieras, más tarde o más temprano tu secreto te mordearía en el culo y podrías acabar en lo alto de un poste telefónico, sin estar seguro de cómo o por qué habías llegado allí,

mientras el vecindario trataba de hacer oídos sordos a tus escalofriantes aullidos.

Sí. Yo era la más indicada para hablar de ello. Cuando se trataba de ocultar tu propia identidad, era toda una experta. Incluso quemaba mis vendajes ensangrentados para que nadie pudiera identificarme a través de la magia de mi sangre. Ocultaba mis poderes. Intentaba con todas mis fuerzas no hacer amistades y había estado a punto de conseguirlo. Porque cuando mi secreto saliera a la luz, no acabaría en lo alto de un poste telefónico. Acabaría muerta, y todos mis amigos morirían conmigo.

Me acerqué al poste y dirigí la mirada hacia la señora McSweeney.

—De acuerdo. Voy a contar hasta tres y entonces tendrá que bajar.

Negó con la cabeza.

—¡Señora McSweeney! Está ofreciendo todo un espectáculo. Su familia está preocupada por usted y tiene una sesión de bingo mañana por la noche. No querrá perderse-la, ¿verdad?

La señora McSweeney se mordió el labio por respuesta.

—Lo haremos juntas. —Subí tres peldaños de la escalera—. A la de tres. Una, dos y tres. ¡Un peldaño!

Bajé un peldaño y comprobé que ella también lo hacía. *Gracias, quienquiera que esté ahí arriba.*

—Una vez más. Una, dos y tres. Peldaño.

Lo hicimos a la vez y luego ella bajó otro más por sí misma. Salté hasta el suelo.

—Eso es.

La señora McSweeney se detuvo. Oh, no.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad? —me preguntó con una mirada triste.

Observé las ventanas del bloque de apartamentos. Había gritado lo suficientemente alto como para despertar a los muertos y hacer que estos avisaran a la policía. Sin embargo, en esta época, en este lugar, la gente se apoyaba

mutuamente. Uno no podía confiar en la magia ni en la tecnología, tan solo en su familia y en sus amigos. Ellos iban a guardar el secreto, no importaba lo absurdo que pudiera parecer, y yo iba a hacer lo mismo.

—No se lo contaré a nadie —le prometí.

Dos minutos después, ella se encaminaba hacia su apartamento y yo me peleaba con la escalera plegable, intentando que encajase en el hueco bajo las escaleras, de donde el encargado la había sacado para prestármela.

Mi jornada había comenzado a las cinco, cuando un hombre frenético había irrumpido a la carrera en el vestíbulo de la capilla de la Orden gritando que un dragón con cabeza de gato había conseguido entrar en la escuela New Hope y estaba a punto de devorar a los niños. El dragón había resultado ser un pequeño tatzelwurm al que, desafortunadamente, fui incapaz de someter sin tener que recurrir a la decapitación. Esa fue la primera vez que había resultado salpicada de sangre ese día.

Después tuve que ayudar a Mauro a sacar de un estanque artificial una serpiente bicéfala de agua dulce en las ruinas del One Atlantic Center, en Buckhead. A partir de entonces, el día había ido cuesta abajo. En ese momento, era pasada la medianoche. Estaba sucia, exhausta, hambrienta, manchada por cuatro tipos diferentes de sangre y quería irme a casa. Incluso mis botas apestaban, porque la serpiente me había vomitado en los pies el cadáver de un gato a medio digerir.

Por fin conseguí introducir la escalera en el lugar que le correspondía y dejé el bloque de apartamentos para dirigirme al aparcamiento, donde había dejado a mi mula hembra, Marigold, atada a una barra metálica instalada allí precisamente para ese fin. Estaba a menos de tres metros de ella cuando advertí una esvástica sin terminar dibujada en su grupa con pintura verde. El palo de revolver la pintura yacía roto en el suelo. También había algo de sangre y lo que parecía un diente. Me acerqué a comprobarlo. Sí, definitivamente lo era.

—Hemos tenido una aventura, ¿no es así?

Marigold, obviamente, no dijo nada, pero sabía por experiencia que acercarse a ella por detrás no era en absoluto una buena idea. Coceaba como una mula, probablemente porque eso es lo que era.

De no ser por la marca de la Orden en uno de sus cuartos traseros, podrían haber robado a Marigold esa noche. Afortunadamente, los caballeros de la orden poseían el horrible hábito de rastrear mágicamente a los ladrones y caer sobre ellos como una tonelada de ladrillos.

Desaté las riendas, monté sobre ella y nos aventuramos en la noche.

Por lo general, la tec y las oleadas mágicas se imponían la una a la otra cada dos días, a veces incluso con más asiduidad. Pero hacía un par de meses había estallado una erupción, una oleada tan potente que había anegado la ciudad como un tsunami mágico, haciendo de cosas imposibles una realidad. Durante tres días, dioses y demonios habían recorrido las calles, y los monstruos humanos habían tenido grandes dificultades para controlarse. Pasé la erupción en el campo de batalla, ayudando a un puñado de cambiaformas a masacrar una horda demoníaca.

Aquello había sido un episodio épico. Todavía tenía vívidos sueños sobre lo ocurrido, no pesadillas exactamente, sino visiones embriagadoras y surrealistas de sangre, espadas deslumbrantes y muerte. La erupción se había extinguido, dejando que la tec poseyera firmemente el control del mundo. Durante dos meses, los coches habían funcionado sin problemas, la electricidad había mantenido a raya la oscuridad y el aire acondicionado había hecho soportable el mes de agosto. Incluso teníamos televisión. El lunes por la noche habían emitido una película, *Terminator 2*, que se repetía machaconamente... Podría haber sido peor.

No obstante, el miércoles, alrededor del mediodía, la magia había golpeado de nuevo y Atlanta se fue al infierno.

No estaba segura de si la gente se había engañado a sí

misma al pensar que la magia no volvería o si su reaparición los había cogido desprevenidos, pero nunca habíamos recibido tantas llamadas de socorro desde que había empezado a trabajar para la Orden. A diferencia del Gremio de mercenarios, para el cual también trabajaba, los caballeros de la Orden del Auxilio Misericordioso prestaban ayuda a todos y cada uno de los que la solicitaban, sin tener en cuenta su capacidad para retribuir sus servicios. Pedían solamente la cantidad que podían asumir, lo que, la mayoría de las veces, era nada en absoluto. Nos habíamos visto inundados de súplicas. Hube de arreglármelas con cuatro horas de sueño la noche del miércoles y levantarme para seguir corriendo. Técnicamente, ahora ya era viernes, y me asaltaban persistentes fantasías de duchas calientes, comida y sábanas limpias. Había horneado una tarta de manzana un par de días atrás y todavía me quedaba una porción para esa noche.

*¿Kate?* La austera voz de Maxine resonó en el interior de mi cabeza, distante pero clara.

No me sobresalté. Después del maratón de las últimas cuarenta y ocho horas, escuchar la voz telepática de la secretaria de la Orden me parecía algo perfectamente normal. Triste pero cierto.

*Lo siento, querida, pero la tarta tendrá que esperar.*

¿Qué más vendría ahora? Maxine no leía mis pensamientos a propósito, pero si se concentraba lo suficiente, no podía evitar captar algunos destellos.

*Tenemos un siete verde. Hemos sido avisados por un civil.*

Un cambiaforma muerto. Cualquier tema relacionado con los cambiaformas era asunto mío. Los cambiaformas no confiaban en los extraños y yo era la única empleada de la capilla de la Orden en Atlanta que gozaba del estatus de Amiga de la Manada. Aunque «gozar» era un término relativo. Más que nada, mi estatus significaba que los cambiaformas podían permitirme decir unas palabras antes de decidir convertirme en filetes. Habían llevado la paranoia a un nuevo nivel.

—¿Dónde?

*Esquina de Ponce de León con Dead Cat.*

Veinte minutos en mula. Con algo de suerte, la Manada ya estaría informada de la muerte y estarían arracimados en la escena del crimen, gruñendo y reclamando su jurisdicción. Ufff. Le di la vuelta a Marigold y nos dirigimos al norte.

—Allá voy.

Marigold avanzó por las calles a un ritmo lento pero sostenido, sin mostrar cansancio alguno. El abrupto perfil de la ciudad se arrastró lentamente ante nuestro avance, con sus antaño orgullosos edificios reducidos a cáscaras desmoronadas. Era como si la magia hubiera ganado la partida a Atlanta pero hubiera apagado las llamas antes de que la chamuscada ciudad hubiera sido reducida a cenizas.

Aquí y allá, aleatorios y diminutos puntos de luz eléctrica perforaban la oscuridad. Un olor a humo de carbón especiado con el aroma de la carne asada flotaba en torno a los apartamentos de la confluencia entre Alexander y Ponce de León. Alguien estaría cocinando una cena tardía. Las calles estaban desiertas. La mayor parte de la gente con algo de sentido común sabía que era mejor no salir al exterior durante la noche.

El poderoso aullido de una loba se elevó sobre la ciudad y produjo escalofríos que recorrieron mi columna vertebral. Casi podía imaginármela sobre una pila de escombros de un rascacielos caído, con su pálido pelaje bañado en plata por la luz de la luna y la cabeza alta para mostrar su lanudo cuello mientras entonaba su impecable canción, teñida de vehemente melancolía y ribeteada por la promesa de una caza sangrienta.

Una enjuta sombra emergió del callejón, seguida rápidamente por otra. Demacrados, sin pelo, corriendo a cuatro patas de modo espasmódico y descoordinado, cruzaron

la calle ante mí y se detuvieron. Habían sido humanos en algún momento, pero ambos llevaban muertos más de una década. En sus cuerpos no quedaban trazas de grasa o flacidez. Ni siquiera carne, tan solo músculos tensos como cables de acero bajo una fina envoltura. Dos vampiros en busca de una presa. Y estaban fuera de su territorio.

—Identificación —les exigí. Muchos navegantes me conocían de vista, al igual que conocían a todos y cada uno de los miembros de la Orden de Atlanta.

El chupasangre que se hallaba más adelantado desplegó su mandíbula y la voz de su navegante surgió a través de ella, ligeramente distorsionada.

—Oficial Rodríguez, oficial Salvo.

—¿Vuestro señor?

—Rowena.

De todos los Señores de los Muertos, Rowena era a la que menos detestaba.

—Estáis muy lejos del Casino.

—Nosotros...

El segundo chupasangre abrió la boca, revelando unos finos colmillos que destacaban en sus negras fauces.

—Él se ha embrollado y hemos acabado perdidos en el Warren.

—He seguido las indicaciones del mapa.

—El mapa no sirve de nada si no sabes orientarte. La luna no sale por el norte, estúpido. —El segundo chupasangre dirigió un dedo rematado por una garra hacia el cielo.

Dos idiotas. Resultaría divertido si no percibiera la creciente sed de sangre de los vampiros. Si esos dos cabezahuecas perdían el control aunque fuera un instante, los chupasangres se abalanzarían inmediatamente sobre mí.

—Continuad —dije, y espoleé a Marigold.

Los vampiros se esfumaron. Los navegantes que dirigían sus mentes probablemente discutían en algún lugar de las profundidades del Casino. El patógeno *Immortuus* robaba el ego de sus víctimas. Carentes de raciocinio, los

vampiros tan solo obedecían a su sed de sangre, cazando cualquier cosa que tuviera pulso. El vacío de las mentes vampíricas las convertía en el vehículo perfecto para los nigromantes, los Señores de los Muertos. Gran parte de ellos servía a la Nación. En parte culto e instituto de investigación, en parte corporación, todo ello vomitivo, la Nación se dedicaba al estudio y cuidado de los no muertos. Poseían sedes en casi todas las grandes ciudades, al igual que la Orden. Aquí, en Atlanta, habían hecho del Casino su madriguera.

Entre los diversos poderes fácticos de Atlanta, la Nación ostentaba un alto rango. Solamente la Manada podía rivalizar con ellos en potencial de destrucción. La Nación se hallaba liderada por una misteriosa y legendaria figura que, en esta época, había elegido llamarse Roland. Roland poseía un inmenso poder. También era el hombre al que quería matar, y para ello había estado entrenando toda mi vida.

Rodeé un profundo hoyo en el agrietado pavimento, giré hacia Dead Cat y vi la escena del crimen bajo una farola estropeada. No se veían policías ni testigos. El tenue resplandor de la luna se derramaba sobre los cuerpos de siete cambiaformas. Ninguno de ellos estaba muerto.

Dos hombres lobo en su forma animal olisqueaban la escena en busca de rastros, pisando cuidadosamente y trazando círculos concéntricos cada vez más amplios desde la estrecha boca de la calle Dead Cat. Muchos cambiaformas en forma bestial eran más grandes que sus equivalentes animales, y estos demostraron no ser la excepción: eran criaturas enormes, peludas, más altas y más anchas que un macho de gran danés. Tras ellos, dos de sus colegas en forma humana introducían algo sospechosamente parecido a un cuerpo en una bolsa para cadáveres. Los otros tres recorrían el perímetro, presumiblemente para mantener alejados a los curiosos. Si es que había alguien lo bastante tonto como para detenerse a mirar una segunda vez.

Al acercarme, todos se detuvieron. Siete pares de ojos brillantes se volvieron hacia mí: cuatro verdes, tres amarillos. A juzgar por su resplandor, el equipo de cambiaformas parecía suspendido al borde de su inmediata transformación. Uno de los suyos había muerto y habían salido en busca de sangre.

—Chicos, ¿habéis pensado en ofrecer vuestros servicios como juego de luces navideñas? —Procuré mantener un tono humorístico—. Ganaríais una fortuna.

El cambiaforma más cercano trotó en mi dirección. Con músculos voluminosos y en perfecta forma física, tendría poco más de cuarenta años. Su rostro había adoptado la expresión ya característica que la Manada ofrecía a los extraños: educada, pero dura como el acero.

—Buenas noches, señora. Esto es una investigación privada a cargo de la Manada. Voy a tener que pedirle que se marche.

¿Señora? ¡Ay!

Metí la mano bajo mi camiseta, saqué la billetera de plástico transparente que llevaba atada con un cordón alrededor del cuello y se la entregué. Estudió mi identificación, rematada con un pequeño recuadro de plata hechizada.

—Es de la Orden —gritó a los demás.

Al otro lado de la calle, un hombre surgió de la oscuridad. Donde hacía un instante solo había una densa sombra nocturna pegada al muro del edificio como una mancha de tinta, ahora se alzaba él. Medía casi dos metros, su piel era del color del chocolate puro, y su complexión, la de un campeón de lucha. Normalmente portaba una capa negra, pero hoy se limitaba a vestir unos vaqueros y una camiseta negra. Mientras se aproximaba hasta mí, los músculos de su pecho y de sus brazos se arqueaban. Su rostro obligaba a aquellos que buscaban reyertas a pensárselo dos veces. Parecía que se dedicara a romper huesos como profesión y que, además, disfrutara con su trabajo.

—Hola, Jim —le dije, en tono amistoso—. Me alegro de encontrarte aquí.

El cambiaforma que me había hablado se marchó. Jim se acercó y acarició el cuello de Marigold.

—¿Una noche larga? —me preguntó. Su voz era tersa y melodiosa. Nunca cantaba, pero sabías que sería capaz y que, si se decidía a hacerlo, las mujeres se arrojarían a sus pies.

—Podría decirse así.

Jim había sido mi compañero desde los tiempos en que trabajaba exclusivamente para el Gremio de mercenarios. Algunos encargos de los mercados requerían la participación de más de una persona, y Jim y yo los aceptábamos juntos, sobre todo porque no teníamos estómago para llevarlos a cabo con nadie más. Jim era también el macho alfa del clan felino y el jefe de seguridad de la Manada. Le había visto luchar y antes que enfrentarme a él preferiría caer en un nido de víboras furiosas.

—Deberías irte a casa, Kate. —Un destello verde pálido brilló en sus ojos y se extinguió. Durante un instante, su lado animal había aflorado a la superficie.

—¿Qué ha sucedido aquí?

—Es asunto de la Manada.

El lobo situado a su izquierda dejó escapar un breve gáñido. Una cambiaforma hembra se abalanzó sobre él y recogió algo del suelo. Apenas pude echarle un vistazo antes de que introdujera el objeto en una bolsa. Era un brazo humano, amputado a la altura del codo, todavía enfundado en una manga. Habíamos pasado del código siete verde al diez verde. Cambiaforma asesinado. Las muertes accidentales raramente tenían como consecuencia una serie de miembros esparcidos en un cruce.

—Como decía, es asunto de la Manada. —Jim me miró fijamente—. Ya conoces la ley.

La ley sostenía que los cambiaformas eran un grupo independiente, como los nativos americanos, con autoridad para gobernarse a sí mismos. Proclamaban sus propias leyes y tenían el derecho de imponerlas, siempre y cuando

esas leyes no afectarían a los que no eran como ellos. Si la Manada no requería mi participación en esa investigación, no había nada que pudiera hacer.

—Como agente de la Orden, extendiendo mi oferta de ayuda a la Manada.

—La Manada aprecia la oferta de asistencia de la Orden. Pero en este caso, la declinamos. Vete a casa, Kate —repitió Jim—. Pareces exhausta.

Traducción: largo de aquí, enclenque y lastimosa humana. Los grandes y poderosos cambiaformas no tenemos necesidad de tus torpes habilidades para investigar.

—¿Has arreglado esto con la policía?

Jim asintió.

Suspiré, cambié el rumbo de Marigold y nos encaminamos a casa. Alguien había muerto, pero no sería yo quien averiguara el motivo. En lo tocante a mi profesión, aquello me irritaba profundamente. Si hubiera sido cualquier otra persona y no Jim, le hubiera presionado hasta conseguir echarle un vistazo al cadáver. Pero cuando Jim decía que no, era que no. Si le presionaba no conseguiría nada, excepto añadir tensión a las relaciones entre la Orden y la Manada. Jim no hacía las cosas a medias, así que su equipo se comportaría de forma eficiente y competente.

Y eso todavía me molestaba más.

A la mañana siguiente llamaría a la División de Actividad Paranormal para comprobar si se había presentado algún informe. La policía paranormal no me informaría acerca del contenido del informe, pero al menos sabría si Jim había presentado uno. No es que no confiara en él, pero no haría ningún mal en comprobarlo.

Una hora más tarde, dejé a Marigold en un pequeño establo en el aparcamiento y subí las escaleras hasta mi apartamento. Había heredado el piso de Greg, mi guardián, quien había servido en la Orden como caballero-místico.

Había muerto seis meses atrás y lo echaba tanto de menos que incluso dolía. Mi puerta delantera tenía un aspecto bien distinto a cualquier otra. Entré, pasé el pestillo, me quité los nocivos zapatos y los lancé a un rincón. Ya me ocuparía de ellos más tarde. Desabroché el arnés de cuero que sostenía a *Asesina*, mi espada, atada a mi espalda, extraje la hoja de su vaina y la deposité al lado de la cama. La tarta de manzana me llamaba. Me arrastré hasta la cocina, abrí el frigorífico y contemplé el plato vacío de la tarta.

¿Me la había comido? No recordaba haberla acabado. Y de haberlo hecho, no hubiera dejado el plato vacío en el frigorífico.

La puerta no mostraba signos de haber sido forzada. Hice un rápido inventario de los bienes del apartamento, pero no faltaba nada, ni había nada fuera de lugar. La biblioteca de Greg, con sus libros y sus artefactos, parecía completamente ordenada.

Debía de haberme comido toda la tarta. Debido a la locura de las últimas cuarenta y ocho horas, probablemente lo había olvidado. Menudo fastidio. Cogí el plato vacío, lo lavé mientras murmuraba maldiciones en voz baja y lo coloqué en el lugar que le correspondía, bajo el hornillo. Me había quedado sin la tarta, pero nadie iba a negarme una buena ducha. Me deshice de la ropa, que dejé caer de camino al baño, me zambullí en la ducha y dejé que el mundo se inundara bajo una lluvia de agua caliente y jabón de romero.

Me estaba secando el pelo con la toalla cuando sonó el teléfono.

Abrí la puerta de una patada y miré el aparato, que sonaba incesante sobre la mesita de noche contigua a la cama. Las llamadas telefónicas nunca me habían traído nada bueno. Siempre avisaban de que alguien había muerto, que estaba muriendo o haciendo que otra persona muriera al otro lado de la línea.

*Ring-ring.*

*Ring-ring-ring.*

*¿Ring?*

Suspiré y finalmente descolgué.

—Kate Daniels.

—Hola, Kate —dijo una voz familiar y aterciopelada—.

Espero no haberte despertado.

Era Saiman. Justo la persona con la que menos me apetecía hablar.

Saiman poseía un conocimiento enciclopédico sobre la magia. También era un cambiante... o algo así. Había hecho más de un encargo para él cuando trabajaba para el Gremio de mercenarios a tiempo completo, y le había parecido graciosa. Como le entretenía, me ofreció sus servicios como experto en magia con un descuento criminal. Desgraciadamente, la última vez que nos habíamos visto fue durante la erupción, en lo alto de un rascacielos, donde Saiman bailaba desnudo en mitad de la nieve... Con la erección más grande que jamás había visto en un ser humano. Y no quería dejarme marchar de aquel tejado bajo ningún concepto, así que tuve que saltar para librarme de él.

—No quiero hablar contigo. De hecho, ni siquiera deseo continuar con nuestra asociación. —Utilicé un tono civilizado. Kate Daniels, experta en diplomacia.

—Es una pena. Sin embargo, tengo algo que creo que te pertenece, y me gustaría poner ese artículo de nuevo bajo tu custodia.

—Envíamelo. —¿De qué podría tratarse?

—Lo haría, pero sería difícil meterlo a él dentro de un sobre.

*¿Él? Aquello no sonaba bien.*

—Se niega a hablar, pero quizás pueda describírtelo: unos dieciocho años, moreno, con el pelo corto, expresión amenazante y grandes ojos castaños. Bastante atractivo, para tener aspecto de cachorro. A juzgar por el modo en que el *tapedum lucidum* atrapa la luz tras sus retinas, es un cambiaforma. Supongo que un lobo. Venía contigo en nues-

tro último y desafortunado encuentro. De hecho, siento mucho todo aquello.

Derek, mi camarada y hombre lobo adolescente. ¿Qué demonios estaba haciendo en el apartamento de Saiman?

—Dile que se ponga. —Conseguí mantener un tono de voz estable—. Derek, contéstame para que sepa que no me está mintiendo. ¿Estás herido?

—No. —La voz de Derek vino acompañada de un gruñido—. Puedo arreglármelas solo. No vengas aquí. No es seguro.

—Es sorprendente que se preocupe tanto por tu bienestar, cuando es él quien está encerrado en una jaula —murmuró Saiman—. Tienes unos amigos de lo más interesante, Kate.

—¿Saiman?

—¿Sí?

—Si le haces daño, tendrás a veinte cambiaformas en tu apartamento que echarán espuma por la boca en cuanto perciban tu olor.

—No te preocupes. No tengo la menor intención de desatar las iras de la Manada sobre mi persona. Tu amigo está desarmado y contenido. No obstante, lo entregaré a las autoridades a menos que vengas y lo recojas antes del amanecer.

—Allí estaré.

—Te estoy esperando. —La voz de Saiman adquirió un ligero tinte burlesco.